
La posverdad y la agresión a Ucrania

POsverdad a Debate

En nuestro tiempo, mentir no solo sale a menudo gratis, sino que produce réditos y se normaliza y hasta se enaltece, sin ningún remordimiento ni rubor

JAVIER ROLDÁN BARBERO

Catedrático de Derecho Internacional Público de la Universidad de Granada

Martes, 10 enero 2023, 00:20



Se suele decir que la primera víctima de una guerra es la verdad. En el caso de la guerra de Ucrania se ha comenzado por mentir sobre la causa, arguyendo un pretexto, para desencadenar el conflicto armado: el presunto nazismo del régimen político ucraniano. También se falsea el nombre de la cosa por parte rusa: se habla de «operación militar especial», en lugar de llamarla por su nombre (guerra de agresión). La cuestión lingüística no es baladí, pues en Rusia conlleva pena de cárcel el hablar de guerra, es decir, el decir la verdad.

Se ha dicho con fundamento que esta guerra es el conflicto armado mejor documentado de la historia. Nuestro tiempo ofrece herramientas para conocer mejor los episodios internacionales. Ahora bien, la propaganda – lo que ahora se llama el relato o la narrativa– desempeña un papel crucial, también incentivado por las nuevas tecnologías, en un intento de captar el favor de la opinión pública interna e internacional. No basta, desde luego, con llevar razón ni con tener la verdad de tu parte. Hay que convencer, a veces más con las emociones que con las razones.

Rusia ha sido desde antiguo una maestra en la posverdad, ya desde los tiempos soviéticos, de los que Putin es heredero y a los que le gustaría en parte regresar. La kremlinología es una ciencia oscura, oculta. La desinformación implica, propiamente, no solo faltar a la verdad, sino hacerlo además intencionadamente e infligiendo un daño. En nuestro tiempo, mentir no solo sale a menudo gratis, sino que produce réditos y se normaliza y hasta se enaltece, sin ningún remordimiento ni rubor. Eso sí, la Rusia de Putin tiene el crédito y la credibilidad por los suelos, pero precisamente por ello sorprende e indigna que un gran número de Estados se limiten a abstenerse y a no condenar la abominable agresión a Ucrania. ¿Se trata acaso de un realismo estratégico, de una manifestación de Realpolitik? En honor a la verdad hay que decir también que las fechorías de Rusia se siguen viendo a la luz de anteojeras y prejuicios ideológicos, viscerales, tanto desde la extrema derecha como desde la extrema izquierda.

El tirano ruso ha practicado en los últimos años asiduamente la desinformación, utilizada como instrumento para desestabilizar y dividir países, en particular democráticos, como se ha constatado en los supuestos del Brexit y del desafío soberanista en Cataluña.

Ahora, desde el pasado 24 de febrero, con Ucrania vivimos una verdadera guerra híbrida: por un lado, como era tradicional y ya insólito, en el campo de batalla; por otro lado, con armas de otra naturaleza como la energía, la seguridad alimentaria o la patraña. La farsa de los referendos de anexión escenificados en cuatro provincias ucranias es una prueba palmaria del arte de la pantomima.

Lo que no admite discusión, y sí una profunda tristeza, tanta como se quiera pensar en Ucrania, es el inmenso dolor, soledad, hambre, frío, oscuridad y muerte que sufren millones de ucranianos, con peores perspectivas ante el crudo invierno sin calefacción, luz ni agua.

Frente a este diluvio de bombas y de mentiras que se abate sobre el país invadido (falsedades y represión que también padece gran parte de la población rusa), Ucrania defiende lo más esencial, lo más real: su soberanía, su dignidad, su integridad territorial, su democracia (imperfecta, ciertamente, pero a años luz de la autocracia criminal rusa). Hay que recurrir para mantener la moral al heroísmo, a la épica. En tal afán su presidente está jugando un papel crucial, al fin y al cabo es actor de profesión. Sin embargo, toda esa resiliencia, no exenta de extralimitaciones asimismo, no serviría de nada ante algo más prosaico: la ingente ayuda militar y económica proporcionada por Occidente, singularmente los Estados Unidos de América, autolesionándonos nosotros mismos por la causa compartida de la libertad futura y duradera.

Respecto al futuro, si una guerra se sabe cómo empieza, pero no cómo acaba, poco se puede aventurar, máxime cuando el principal actor político de esta tragedia no se comporta con racionalidad o cuando puede surgir un imponderable, incluido un accidente nuclear. No siempre los analistas internacionales profetizamos mejor que los profanos el porvenir de los conflictos. Desde muchos puntos de vista, Rusia ha perdido ya esta guerra de agresión, pero es probable que la solución final sea una negociación en la que se priorice la paz a la verdad y la justicia, basada ésta en la documentación de un sinnúmero de crímenes de guerra que acreditan la responsabilidad jurídica de Putin y de sus secuaces. Sin embargo, el Derecho debe jugar un papel crucial en la solución final para prevenir que nuevos atropellos y ordalías ocurran, a cargo quizá del mismo protagonista. El Derecho debe ser, nada más y nada menos, un instrumento de racionalidad y de civilización. También un instrumento de verdad.